

el Jorobado sucumba la mañana misma en que se disponga á llevar su novia al altar...

Por broma, Felipe de Mantua los daba por sacrificados: desde luego lo comprendieron así vagamente. Pero no les agradaba lo más mínimo reanudar la lucha con Lagardère en pleno París, donde ellos no podían entrar, y donde Chaverny podía operar á la luz del día. Nadie entonces se quejaba de las nieblas del Támesis.

—Esta noche, señores —acabó Gonzaga, despidiéndolos con gesto soberano, —si tenéis que despediros de alguien, aprovechad el tiempo. Quizás más de uno de vosotros no vuelva á Londres. ¡Ah! ¡Me olvidaba! No admito detecciones. El que no está conmigo está contra mí. Ahora bien; mi opinión firmísima es que para caminar tranquilamente hacia adelante no debe quedarse nada atrás. Un amigo dudoso es peor que un enemigo, y... Ved lo que haré.

Un gesto enérgico acabó su pensamiento.

Los enrodados se retiraron con la cabeza baja, como rebaño de carneros que se conduce al matadero.

—¿Bailan? Luego pagarán —decía Mazarino.

Felipe de Mantua tenía respecto á sus enrodados un razonamiento casi igual. Cuando se fueron dijo:

—No hay más que dos medios de sujetar-

los: el oro y el terror. ¿Tiemblan? Pues se batarán. Mientras la amenaza de Lagardère se alce ante ellos se agruparán á mi lado, y el miedo los hará valientes.

II.

Mascarada.

Una hora después Peyrolles vagaba por los barrios bajos de la ciudad, seguido de un criado que llevaba al hombro un paquete bastante voluminoso. El factótum de Gonzaga se detenía en todas las prenderías y ropavejerías, en las tiendas donde se vendía calzado, sombreros, armas, objetos de tocador y de cocina, alhajas verdaderas y falsas. Los mercaderes eran por lo común viejos judíos, asquerosos, sucios y con manos como garras.

Se detuvo ante un bazar en el cual se veían babuchas argelinas y botas de mosquetero, cotas de malla junto á vestidos de baile, arcabuces y jeringas, balas y vajilla de China, uniformes de guardias francesas, de lansquenets, cascos de ligeros, pelucas, panderetas, castañuelas, mallas noruegas de pescar y trusas

del siglo anterior; un montón de objetos heterogéneos, de todas clases, de todas las procedencias, de todas las épocas y de todos los países.

Al verle entrar un judío pequeño, viejo y apergaminado, el dueño de la tienda, acudió obsequioso y se dobló por la cintura para saludarle, enseñándole su cráneo pulido y reluciente, sin un solo cabello, y con su boca desdentada ofreció al *caballero* sus servicios.

—¿Qué necesita monseñor? Tengo coletos, vestidos de baile, armas de precio, alhajas de oro y plata. Todo es nuevo ó casi nuevo, excepto lo antiguo, naturalmente: todo limpio, reluciente y barato; muy barato, casi de balde. Aquí viene á surtirse Su Majestad, que Jehová guarde, cuando desea algo raro y bueno, de verdadero mérito, y también los lores y los embajadores. Vuestra Señoría lo sabe bien, y por eso me honra...

—¿Queréis hacerme el favor de callar?— dijo bruscamente Peyrolles, á quien la locuacidad del mercader excitaba los nervios y le daban ganas de emprenderla á bastonazos.

Pero reflexionó que cada palo que le diese el judío lo cargaría en cuenta, y se contentó.

—¡Basta de pláticas! Te equivocas acerca de mi calidad. Sólo necesito algunos vestidos



¿Qué necesita, monseñor?

para algunos actores de mi compañía, y quizás los encuentre en tu casa.

A pícaro, pícaro y medio. El factótum lo creyó así á lo menos; pero no contó con la huéspedea. El israelita no necesitaba mirar dos veces á una persona para conocer su jerarquía. Sin embargo, creyó que la mentira del mayordomo era de buena ley y se calló, fingiendo creerlo.

—¿Tienes hábitos de peregrinos?

—¡Por Moisés! ¡No he de tenerlos! Ved. Éste lo llevó milor el duque de Buckingham, que lo trajo de Francia después de una peregrinación que hizo allá.

—¿Buckingham en peregrinación? ¡Á otro perro con ese hueso!

Sin embargo, os aseguro que es cierto. Fué poco después del famoso suceso de los herretes de la Reina.

—¡Basta de mentiras! Necesito dos hábitos de peregrinos; pero no compro lo que hayan tenido dentro. Poco me importa que los hayan llevado Buckingham ó quien sea, y á los que han de ponérselo les importa menos. ¿Cuánto cuestan?

Si el mercader renunció á discutir la autenticidad de los hábitos, no renunciaba á sacar por ellos el cuádruple de lo que valían. Después de mucho regateo los adquirió, y fueron

á reunirse en el paquete con los demás objetos que llevaba el mozo.

—No es esto todo. Necesito dos vestidos de comerciantes ricos de Amsterdam; pero dudo que puedas proporcionármelos.

—Si no lo halláis en mi casa—insinuó el hebreo con una sonrisa,—sería inútil que los buscáis en otra parte. No hay cosa alguna que no pueda proporcionaros.

Así diciendo le guió á través de un dedalo de objetos variadísimos hasta el fondo del almacén, y llevando en la mano un quinqué que exhalaba sofocante olor á aceite rancio, abrió un arcón donde había muchos vestidos de paño fino guarnecidos de pieles. Peyrolles se puso sobre sus vestidos un gabán de aquéllos, se encasquetó un gorro forrado de piel, y se miró en un espejo de acero que vió al lado. Estaba desconocido.

Los dos bribones, el judío y Peyrolles, se separaron igualmente satisfechos uno de otro. Sólo el mozo no estaba tan satisfecho, encorvado bajo el peso del paquete, y fué necesario que el mayordomo de Gonzaga le prometiera una buena propina para hacerle llegar hasta su domicilio.

Ya se habrá adivinado á qué objeto destinaba el factótum aquellos disfraces.

Los trajes de mercaderes holandeses eran

para el Príncipe y para él; los demás, para los enrodados. Pero como no se había cuidado de consultarlos, no dejaba de preocuparle el caso de que el papel que quería hacer representar á alguno de ellos no fuera de su agrado.

Queriendo dar ejemplo, se dirigió á su habitación, y una vez que se hubo endosado su disfraz hizo llevar á la de su amo los demás trajes y se presentó á él disfrazado. Gonzaga acogió su presencia con una carcajada homérica.

Con afeites hizo desaparecer las arrugas de su rostro, y en rigor, así parecía tener veinte años menos. Muy ufano con su triunfo, dejó que le admirara su señor, y le invitó á vestirse.

—Ahora os toca á vos. Yo me he rejuvenecido, y á vos os envejeceré, Monseñor. ¡El Diablo me lleve si no damos el camelo al buen pueblo de París y no nos hace una ovación por ir desde tan lejos á comprar á la feria de San Germán!

—¡Pardiez! No eres siempre agradable, Peyrolles; pero hoy no puedo ocultarte mi satisfacción. Hagamos bien nuestros negocios, y no olvidemos que nuestra bancarrota no es de las que se solventan con dinero.

Inútil es decir que el factótum había escogido para su amo el traje más rico que tenía el judío: parecía nuevo y flamante. Un largo puñal

damasquinado, sujeto por una cadena de oro que rodeaba su cuello, pendía del cinto. Nada más fácil que disimular otras armas defensivas bajo el amplio vestido.

—¡Voto á Sanes!—exclamó el Príncipe, que se había dejado disfrazar dócilmente.— ¡Hemos convertidos en embajadores! ¡No me extrañaría que cualquier noche el Regente nos invitase á una de sus orgías, en las cuales no haríamos tan mal papel!

—No me agradaría. Á bien que nos mantendremos alejados de él, y valdrá más.

—¿Y éstos? Me figuro que no vas á disfrazarnos á todos lo mismo.

—Hubiera sido muy estúpido. Lo que temo es que á alguno de ellos no le agrade mi elección.

—¡Quisiera verlo! ¡No faltaría más! Cuanta más variedad haya, menos riesgos corremos. Hazlos llamar, y les distribuiremos trajes y papeles. Será un ensayo general á puerta cerrada. En París daremos las funciones.

Los enrodados se quedaron con la boca abierta ante Gonzaga y Peyrolles. Si no les hubieran hablado, no los habrían conocido.

—Señores—dijo el Príncipe,—antes, cuando os convidaba á un baile de máscaras, los disfraces eran sólo para una noche. Ignoro lo que durará esta mascarada, cuya originali-

dad consiste en la flacura de nuestras parejas.

— ¡Dios de Dios!—exclamó el alemán.—
¿Vamos á tener parejas?

—Si, nuestras espadas; y confío en que los acordes de la orquesta los formen los estertores de los agonizantes, porque la comedia que vamos á representar acabará en tragedia.

¡Ay! Así opinaban también los enrodados. Y el montón de disfraces que estaba en un lado de la estancia y que tenían que ponerse, no era muy tranquilizador.

—Para nuestro propósito—indicó Peyrolles—no es conveniente ir aislados, ni menos en grupos: debemos, pues, dividirnos por parejas. No os sorprenda, pues, en qué vais á convertirnos vosotros, los gentileshombres, para que no os quede de vuestra clase más que la dignidad y el valor.

En aquel instante los dominaba la curiosidad. Aquellos misteriosos preparativos los inquietaban vagamenté. Como no les permitían discutir, hacían á mal tiempo buena cara aguardando órdenes. Peyrolles fué á asegurarse de que los lacayos no escuchaban, cerró las puertas, y con el tono de quien obedece á un superior comenzó diciendo:

—Ved lo que ha decidido Monseñor:

—Y no creo—interrumpió éste—que opon-

gáis la menor objeción. Conocéís al adversario y lo que se juega; vuestro juego está estrechamente ligado al mío, y comprenderéis que hay que ganar la partida á toda costa.

Los seis hombres aprobaron con una inclinación de cabeza. Gonzaga hizo seña á su mayordomo para que continuara.

—Dentro de un momento vamos á irnos de dos en dos de esta casa, y mañana á la noche nos reuniremos en la bahía de Douvres. De allí iremos á París. Sería una necedad llegar juntos, y ni aun el mismo día. Monseñor y yo llegaremos los primeros, y vosotros nos seguiréis por parejas y escalonados. Los señores de Batz y Oriol llegarán los últimos.

—Muy bien — dijo el Príncipe. — Oriol siempre tendrá tiempo de cometer alguna torpeza.

El gordo negociante no protestó, aunque se le pasaron buenas ganas de hacerlo, y Peyrolles prosiguió:

—Los señores Montaubert y Taranne desembarcarán en Cherburgo; los señores Nocé y Lavallade, en el Havre; los últimos, en Brest; Monseñor y yo en... Pero esto no os importa. Os basta saber que mañana encontréis en Douvres los barcos que os llevarán á vuestro destino. En cuanto hayáis puesto el pie en suelo

francés cada cual tendrá que defender su vida y será responsable de sus actos.

—¿Qué opináis de eso, caballeros?—preguntó Gonzaga.

—Hasta ahora—declaró Montaubert, que era el más audaz de los enrodados—no veo dificultad alguna. La cuestión estriba en cómo entraremos en París sin que nos conozcan.

Peyrolles sonrió con aquella sonrisa suya que crispaba los nervios de todos.

—¡Paciencia!—dijo; y llegando al montón de disfraces, buscó los de peregrinos: hábitos, sombreros, bordones, &c.—Éstos son para el Barón y para Oriol, que regresarán de una peregrinación á Santa Ana de Auray, y que durante todo el camino tienen que santiguarse ante todas las cruces y capillas que encuentren á su paso, y mendigar en todas las plazas.

—Mendigar—objeto el alemán en su jerga—no es difícil; pero los paternoster... ¿Cómo diablos podré decirlos?

—¡Bah!—replicó Gonzaga riendo.—Hablas en tu idioma, y nadie te comprenderá.

Los dos hombres se doblegaron.

—Debajo podéis ir armados de dagas, y aun de espada; pero tratad de que no os las vean, señores.

Se vistieron. Oriol tenía con el disfraz una cara tan lamentable, que todos rieron.

—Danos la bendición, Oriol—suplicó irónicamente Nocé,—y no olvidéis que debes perdonar las injurias.

—No os burléis—ordenó el Príncipe—antes de saber en qué vais á convertirnos vosotros. Diselo, Peyrolles.

—Los señores Nocé y Lavallade serán dos excelentes saltimbanquis, y aquí tienen sus trajes completos.

Lavallade hizo un gesto. Mercader ó peregrino podían serlo en rigor; pero el papel de juglar, que se le asignaba hería su dignidad aristocrática. Nocé ya no reía al escuchar la risita burlona de Oriol. No le agradaba el traje de arlequín.

—Mercader—gruñó,—¿no podías hallar nada mejor para dos gentileshombres que esos vestidos, buenos, á lo más, para genticilla de tu calaña?

Pero á pesar del insultante apóstrofe, tanto él como Lavallade se endosaron el disfraz de saltimbanquis. Bastó para ello una simple mirada de Gonzaga.

Montaubert y Taranne se miraban ansiosos. ¿Qué grotesco papel les asignarían? Los disfraces que había esparcidos en el suelo no eran nada tranquilizadores.

—¿Y nosotros?—preguntó el primero.

Peyrolles tenía conciencia de que le faltaba

el rabo por desollar. Temía á Montaubert, que nunca se había doblegado ante él, y sus protestas, que preveía, le hacían sospechar que pudiera recibir alguna amonestación nada grata. Ocultó su ironía tomando un tono meloso y adulator.

—Los señores Montaubert y Taranne—dijo—son los más fuertes, valerosos y audaces.

—¡Lo que estás maquinando, vibora, debe de ser muy negro!—gruñó Montaubert entre dientes.

—Necesitáis un papel en consonancia con vuestra energía y vuestra audacia—insistió el mayordomo, esforzándose en dorar la pildora, —y creo haberlo encontrado convirtiéndoos en gitanos españoles, bohemios. Aquí estan vuestros trajes. Pero aún os falta un compañero no menos temible que vosotros mismos.

Por desgracia, ni uno ni otro eran muy sensibles á aquellos manejos adultores, pues desconfiaban de la hipocresía del antipático mayordomo.

—¿De qué se trata?—preguntó Taranne.

—He tratado en vano de comprar un oso vivo: no lo he hallado en Londres; pero es casi seguro que podremos adquirirlo en Douvres; ó si no, vosotros lo compraréis en Cherburgo.

Dijo todo esto con su voz mas dulce, despacio, desconfiando mucho del efecto que iba

á producir. Al levantar los ojos y ver el semblante de Montaubert, cuya exasperación llegaba al paroxismo, se estremeció.

—Inútil es buscar tan lejos: si hemos de exhibir por ahí un oso, queremos que sea Peyrolles.

—¡Y ya nos encargaremos de hacerle bailar!—añadió Taranne.

El aludido no juzgó oportuno encolerizarse, y murmuró:

—Si elegí ese papel para vosotros, fué en interés común, y no por capricho. Á veces un domador no puede impedir que su oso se lance sobre una persona y la ahogue entre sus brazos. Comprenderéis que por esa razón no puedo yo hacer ese papel. ¡Vamos; vestíos, caballeros! Sólo á vosotros aguardamos ya. Voy á tocar los tres campanillazos, y el telón que se alza ahora en Londres se bajará muy pronto en París, después de la tragedia.